

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte

**KARL
MARX**

Introducción
y notas de
Horacio Tarcus



siglo veintiuno
editores

Índice

Imaginarios de la revolución. Una invitación a la lectura de <i>El Dieciocho Brumario</i> de Luis Bonaparte	9
<i>Horacio Tarcus</i>	
Cronología de hechos político-institucionales mencionados	49
El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte	55



UN COUF D'ÉTAT, C'EST UNE FICTION.

Voyez ce Lazzarone de la famille, de la propriété, il s'endort mais un canchevard l'agite il n'a pas voulu quitter son drapeau sa main droite le défend, la gauche sort convulsivement un poignard, c'est qu'il voit passer dans son rêve M. Louis-Napoléon déguisé sous le manteau impérial :

A son réveil, son rêve était une réalité; les journaux le répandent avec profusion et les sentinelles du communisme et du socialisme se répètent d'un bout de la France à l'autre. Sentinelles, prenez garde à vous? Louis-Napoléon va se faire empereur, et jour à telle heure.

Mais le jour est venu, l'heure passée, M. Louis-Napoléon n'est comme devant que Président.

(*Après le 3 juin 1849*)

Imaginario de la revolución

Una invitación a la lectura de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*

Horacio Tarcus

Las revoluciones republicanas y democráticas que en 1848 se expandieron por Europa occidental sacudieron el poder de las monarquías de la Santa Alianza y luego de dos o tres años concluyeron con graves derrotas del movimiento popular. Si bien Europa ya no sería la misma después de la “Primavera de los Pueblos”, hacia 1852 el ciclo revolucionario se había cerrado con una reafirmación del orden imperial en el plano político y una expansión vigorosa del sistema capitalista en buena parte del continente.

El proceso político francés apareció a los ojos de los contemporáneos como fuente de una serie de paradojas. La tan anhelada Segunda República no llegó siquiera a cumplir cuatro años de vida, frustrando a lo largo de su desarrollo todas las expectativas populares. El triunfador de la primera elección presidencial de la historia francesa, celebrada en diciembre de 1848 bajo el régimen del sufragio universal masculino, no fue el general Louis-Eugène Cavaignac, representante de los republicanos moderados (cosechó apenas el 19% de los votos), ni mucho menos Alexandre-Auguste Ledru-Rollin, exponente de los demócratas-socialistas que habían llevado a cabo la Revolución de Febrero de 1848 (este dirigente alcanzó un escaso 5%). Quien conquistó una victoria arrasadora (con el 74% de los votos) en esa primera elección republicana fue Luis Napoleón, sobrino de Napoleón I y último heredero de una dinastía imperial, los Bonaparte.

Este actor que poco tiempo antes había quedado por fuera del juego político –había vivido casi treinta años fuera de Francia– regresó al país no bien se dio la Revolución de Febrero. No estaba nucleado en ninguno de los partidos en pugna ni contaba con un órgano de prensa, pero no tardó en instalarse en el centro de la escena pública. En plena crisis política, el carácter difuso de su ideología contribuyó a que diversos sectores sociales y fuerzas políticas se vieran representados en él. Mientras se enfrentaba a una Asamblea Nacional dominada por sectores conservadores que buscaban retornar al voto censitario (sistema electoral que restringía el derecho de voto a los propietarios y dejaba fuera a 3 000 000 de franceses), el sobrino de Napoleón Bonaparte conquistó la adhesión de numerosos artesanos y trabajadores. Su oposición a la nueva ley de educación –conocida como Ley Falloux, sancionada por la Asamblea y favorable a la enseñanza religiosa– le granjeó la simpatía de la burguesía anticlerical, a la vez que su defensa del orden y la tradición tras los tiempos agitados de la Revolución le valieron el apoyo de los católicos. Los campesinos –la Francia rural–, en gran medida ajenos al torbellino de la trama política que se libraba en París e incapaces de construir su propia representación política, ante todo vieron en Luis Bonaparte a un protector, el heredero natural de una Francia gloriosa, mientras que los republicanos moderados, que no lograron postular a uno de sus propios hombres, confiaron en su propia capacidad para mantenerlo bajo control.

Una vez conquistada semejante concentración de poder, Luis Bonaparte fue incluso más lejos. Enfrentado a la Asamblea Nacional –contraria a una reforma constitucional que permitiera prolongar el mandato presidencial mediante la reelección–, el 2 de diciembre de 1851 encabezó una suerte de autogolpe militar. Antes de la madrugada, las tropas comandadas por el mariscal Saint-Arnaud tomaron posesión de la capital, ocuparon las imprentas para impedir

que aparecieran periódicos opositores, cerraron los cafés (espacios de deliberación política por excelencia) y realizaron las primeras detenciones de los líderes *montagnards*¹ y republicanos que pudieran liderar una resistencia. Como las fuerzas armadas sitiaban el edificio de la Asamblea, dos centenares de legisladores se reunieron en la alcaldía del distrito X de París, pero fueron detenidos unas horas después. Unos 60 diputados *montagnards* y republicanos conformaron un Comité de Resistencia y recorrieron los barrios populares llamando al pueblo a levantarse contra el golpe. Al día siguiente se alzaron unas 70 barricadas en el Faubourg Saint-Antoine y otros enclaves del centro de París, pero los insurgentes fueron rápidamente derrotados. Luis Napoleón decretó el estado de sitio y ordenó unas 26 000 detenciones de republicanos, incluido el propio Adolphe Thiers, varias veces primer ministro bajo el reinado de Luis Felipe. Algunos miles fueron condenados a la deportación en Argelia, algunas decenas a la prisión de Belle-Île-en-Mer, en la Haute-Boulogne, y otros tantos a Cayena, en la Guayana francesa. Muchas figuras de la oposición, como Victor Hugo o Edgar Quinet, marcharon entonces al exilio.

A las 6 de la mañana del 2 de diciembre, los muros de las calles de París ya estaban embadurnados con carteles que llevaban la firma de Luis Napoleón Bonaparte. En ellos, el presidente apelaba directamente “Al Pueblo Francés”, por encima de las clases y los partidos en pugna. Enumeraba allí, entre otras reformas, la restauración del sufragio universal masculino, y convocaba a la ciudadanía a un plebiscito para los días 20 y 21 de diciembre para que se legitimase su dictadura. Menos de un año después, el 2 de diciembre de 1852, tras otro plebiscito en coincidencia con el aniversa-

1 Miembros del grupo parlamentario de izquierda conocido como La Montagne [La Montaña], nombre que se remontaba a los jacobinos del período 1792-1795, quienes se sentaban en las bancas más altas de la Asamblea Legislativa y la Convención Nacional.

rio del golpe, instauró el Segundo Imperio, convirtiéndose en “Napoleón III, emperador de los franceses”.

Estos acontecimientos –una República que nació democrática y devino reaccionaria cediendo su lugar a un Imperio liberal– constituyeron un desafío para la comprensión de los contemporáneos. ¿Cómo explicar que el Segundo Imperio naciera de las entrañas de la República cuando esta misma apenas se había puesto en marcha? ¿Cómo entender el repentino encumbramiento de un actor que, según vimos, hasta entonces no había tallado en el juego político de la República? ¿Cómo interpretar el reiterado apoyo popular a una figura que a los ojos de sus opositores no era más que un aventurero sin escrúpulos? ¿Cómo definir la ideología política de Luis Napoleón, a caballo entre el republicanismo y la monarquía, el liberalismo y la restauración imperial, la modernización industrial y el tradicionalismo, la centralización autoritaria y el cesarismo plebiscitario? Y, sobre todo, ¿por qué este ciclo que iba a extenderse durante veinte años (1850-1870) de intenso desarrollo industrial, modernización urbana y afirmación imperial nacía con el “pecado original” de un golpe de Estado que había privado del poder a los representantes políticos y periodísticos del orden burgués? Este es el enigma que intenta descifrar Karl Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

MARX MÁS ALLÁ DEL MARXISMO

Volvamos tres años atrás, al estallido de la Primavera de los Pueblos. Alentado por la expansión de la revolución, Marx había retornado a Alemania en 1848. Desde la ciudad de Colonia editó un periódico, la *Neue Rheinische Zeitung* [*Nueva Gaceta Renana*] y formó parte del ala democrático-radical del movimiento republicano. El rey de Prusia, no bien retomó el control de la situación, clausuró la publicación y lo expulsó

del país. En mayo de 1849, Marx se trasladó con su esposa Jenny y sus tres hijos pequeños a Londres, que se convertiría en su ciudad de residencia hasta sus últimos días. Su esposa debió empeñar las joyas de la dote familiar para costear el viaje y, una vez en Londres, fue vendiendo por lotes la vajilla de plata en el montepío.

Las revoluciones europeas de 1848 constituyeron un acontecimiento extraordinario que puso a prueba la primera formulación de la concepción materialista de la historia elaborada por Marx y Engels en el manuscrito de *La Ideología Alemana* (1845-1846) y luego en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). La crisis económica de 1847 y su transformación en crisis política, que habían precedido el estallido revolucionario, parecían confirmarla. La extensión europea del conflicto también era congruente con la tesis de la expansión capitalista, y otro tanto sucedía con el llamado a una organización de los trabajadores que excediera las fronteras nacionales. La teoría de las clases en lucha se mostraba como una herramienta imprescindible para explicar los acontecimientos de la coyuntura crítica del quinquenio 1848-1852, y la aparición del proletariado como clase independiente –que incluía en su programa la reivindicación de la República social, más allá de los límites de la República liberal preconizada por la burguesía– parecía ratificar la profecía del *Manifiesto*.

Sin embargo, acontecimientos impensados antes de 1848 obligaban a Marx a reformular su modelo teórico. El nacionalismo emergente en las revoluciones populares se convirtió en un punto ciego desde la perspectiva del *Manifiesto*, según la cual “los obreros no tienen patria”.² Además, el modelo suponía una burguesía unificada en sus fracciones, liderada por los capitalistas industriales y rectora del Estado.

2 George Haupt, Michael Löwy, *El marxismo y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara, 1980.

Con todo, la hegemonía política de la aristocracia terrateniente fue persistente en la mayor parte de Europa, incluso en países como Inglaterra y Alemania,³ mientras que la experiencia fallida de la Segunda República demostró la incapacidad política de la burguesía francesa. Finalmente, a pesar de que la vanguardia obrera había librado luchas heroicas, el proletariado histórico no respondió al modelo marxiano de su “desideologización en acto”: para el Marx del *Manifiesto*, la realidad de la explotación capitalista concluiría revelándose para el proletariado en su verdad, en la medida que se le tornara evidente la creciente polarización social e insostenible la experiencia directa de su propia explotación.⁴ Si Marx quería explicar los procesos abiertos en 1848, debía reformular sus concepciones de la política, el Estado y la ideología.

Entonces, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* no entraña una mera “aplicación” de su concepción de la historia a la coyuntura de la Segunda República francesa (1848-1852). En cambio, es resultado de un esfuerzo por reformular el modelo teórico para que fuera capaz de explicar procesos de otro modo inexplicables.

El reflujo de las luchas proletarias y populares podía explicarse en los términos materialistas clásicos por la prosperidad económica recobrada a fines de 1848, pero ¿cómo entender que no fuese la burguesía industrial aquella que finalmente hegemonizara el proceso político y conquistara el aparato de Estado, sino que el propio Estado adquiriera tan alto grado de autonomía frente a la burguesía? ¿Cómo explicar

3 Arno J. Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza, 1986.

4 José Szabón, “Supuestos económicos y políticos del modelo marxiano de la sociedad burguesa”, *Cuadernos de Economía Política*, n° 5, Luján, Universidad Nacional de Luján - Eudeba, otoño de 1988, pp. 31-60; “Modelo puro y formación impura. La Alemania de 1848 en los escritos de Marx y Engels”, *Cuestiones Políticas*, n° 4, Maracaibo, Universidad del Zulia, 1988, pp. 81-111.

que la crisis política fuera resuelta por un desclasado, un individuo hasta hacía muy poco desprestigiado y exterior al sistema político como Luis Bonaparte? ¿Cómo entender que la burguesía industrial, la clase llamada a conducir los destinos del Estado francés, pudiera ser humillada por un don nadie en un acto que irrumpía a la vez como grotesco e irracional: un golpe de Estado que le permitió clausurar la Asamblea Nacional, dar por terminada la República burguesa y proclamarse emperador? En suma: ¿cómo comprender la anomalía del “bonapartismo”?⁵

Para descifrar el enigma y comprender este fracaso inesperado de 1851, Marx ofreció en *El Dieciocho Brumario* un fresco histórico de los acontecimientos que se iniciaron en la Revolución de Febrero de 1848 y desembocaron en el golpe de Estado de diciembre. Por cierto, la respuesta de Marx al enigma no fue la única, sino acaso la más perdurable de todas. Uno entre muchos intérpretes contemporáneos, Marx señaló en el prólogo a la segunda edición (1869) de su libro que ese ensayo había buscado evitar los riesgos de otras dos obras que aparecieron en la misma época: *Napoléon le Petit* de Victor Hugo y *La révolution sociale démontrée par le coup d'État du 2 Décembre* de Pierre-Joseph Proudhon.⁶ En la primera, el acontecimiento parecía “un rayo que cayese de un cielo sereno[:] un acto violento de un solo individuo”; en la segunda, como el desenlace necesario de un proceso histórico previo. El futuro autor de *Los Miserables* dirigía su invectiva contra Bonaparte, sin advertir que “lo que hace es engrandecer a este individuo, en vez de empujarlo”. Proudhon, por su parte, creía que el movimiento social de 1848 entrañaba

5 Maximilien Rubel, *Marx devant le bonapartisme*, París - La Haya, Mouton, 1960.

6 Victor Hugo, *Napoléon le Petit*, Bruselas, J. Hetzel, 1852 [ed. cast.: *Napoléon el pequeño*, Buenos Aires, Sopena, 1943]; Pierre-Joseph Proudhon, *La révolution sociale démontrée par le coup d'État du 2 Décembre*, París, Garnier Frères, 1852.

una necesidad tan poderosa de realizarse que Luis Napoleón, a falta de un proyecto propio, se vería obligado a asumir el programa de la República social de Febrero. De este modo, su texto terminaba por convertirse en “una apología histórica del héroe del golpe de Estado”. Marx se propuso evitar la unilateralidad de esas perspectivas: aquella que ponía el foco sobre la acción (en definitiva, determinante) de un pequeño-gran hombre (Victor Hugo) así como aquella que hacía de ese hombre un mero exponente de las circunstancias históricas (Proudhon). El propósito de su ensayo –según explica el propio Marx en 1869– fue mostrar “cómo *la lucha de clases* creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe”.

Retengamos los términos de esta formulación, que es el modo en que el autor resume el meollo de *El Dieciocho Brumario* en 1869. En principio, observemos que no escribe que la lucha de clases en Francia había creado las circunstancias y condiciones para que un personaje menor se *convirtiera* en héroe, sino para que representara el papel de héroe. Y he aquí el signo distintivo de *El Dieciocho Brumario*: la problemática de la *representación*. Y no solo porque aborda la cuestión de la representación política en sentido lato (la relación entre las clases sociales y sus exponentes políticos e ideológicos), sino también porque pone en juego la dimensión imaginaria en los procesos de construcción de las identidades políticas.

Tal como ensayó en obras anteriores, Marx intenta una explicación de los acontecimientos en términos de la lucha entre las clases y las fracciones de clase, sus exponentes intelectuales y periodísticos al igual que sus representantes políticos, los partidos. Pero necesita ir más allá de esta inscripción de la ideología y la política en la estructura de las clases en lucha, precisamente porque la acción y la conciencia de los sujetos políticos no se correspondía punto por punto con sus supuestos intereses estructurales de

clase. ¿De qué modo explicar, entonces, que los monárquicos de la Asamblea Nacional aparecieran como ardientes republicanos, que el futuro emperador fungiera como el demócrata defensor del sufragio universal (masculino) y el campeón del laicismo, que el proletariado y el artesanado francés no votaran masivamente por los candidatos de la República social?

Para resolver el enigma del bonapartismo (la creciente y desconcertante aprobación plebiscitaria que conquista el vástago de una dinastía incierta entre las más diversas clases y sectores sociales), Marx se ve obligado a indagar en el complejo universo que media entre las posiciones estructurales de clase y las representaciones políticas. El carácter innovador de esta obra –con respecto a sus producciones previas– está dado por la significación social que otorga al juego propio de las representaciones, al espesor de los imaginarios colectivos, a la inercia de la memoria, al peso de los muertos obsesionando el espíritu de los vivos.⁷ *El Dieciocho Brumario* concibe una opacidad de los procesos políticos reales para la conciencia de los actores sociales y políticos que contrasta con el optimismo cognoscitivo del *Manifiesto Comunista* (1848). Incluso las expectativas revolucionarias todavía latentes en *La lucha de clases en Francia* (1850), escrito apenas un año y medio antes, ya no tienen lugar en esta obra de 1852: el optimismo político de Marx por las luchas sociales de su presente aparece desplazado como optimismo histórico. Según entiende Marx mismo, las revoluciones que estallen en el próximo ciclo sabrán corregir las ilusiones de las revoluciones fallidas de la primera mitad del siglo XIX.

7 Pierre Ansart, “Marx et la théorie de l’imaginaire social”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. XLV, París, julio-diciembre de 1968, pp. 99-116.

LA CLAUSURA DE UN CICLO REVOLUCIONARIO

Sí, apenas un año y medio antes, Marx había ensayado magistralmente esta perspectiva en una serie de artículos sobre el decurso de la revolución francesa de 1848. Habían aparecido durante 1850 en un proyecto que Marx redactaba desde Londres y se imprimía en Hamburgo: la *Neue Rheinische Zeitung* –subtitulada *Politisch-ökonomische Revue* [*Revista Económico-Política*] en esa etapa–. Años después de la muerte de Marx, Engels recopiló estos artículos en lo que a comienzos del siglo XX se convertiría en un punto de referencia dentro de las obras marxianas: *La lucha de clases en Francia*.⁸ En el momento en que Marx redactaba estos artículos, se hacía evidente que la Revolución de Febrero había sido derrotada. Sin embargo, lo que el articulista de la *Neue Rheinische Zeitung* se proponía sostener era que “lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución”, sino “los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, las supervivencias resultantes de relaciones sociales que aún no se habían agudizado lo bastante para tomar una forma bien precisa de contradicciones de clase”. En estas condiciones, el joven proletariado francés –que no estaba libre de “ilusiones”– “era todavía incapaz de llevar a cabo su propia revolución”. Con la experiencia de sus luchas, sus conquistas y sus derrotas, finalmente comprendería que el advenimiento de la República no consistía en la esperada emancipación del trabajo, sino apenas en la conquista del “terreno para luchar por su emancipación proletaria”. La tan ansiada República no era otra que la República burguesa, la forma política ade-

8 Karl Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850*, inicialmente una serie de artículos publicados en *Neue Rheinische-Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, Hamburgo, 1850; ed. en vol., con introd. de Friedrich Engels, quien incorporó un capítulo inédito: Berlín, *Berliner Volksblatt*, 1895 [ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en Carlos Marx - Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, ca. 1955, t. I]. Se tradujo por primera vez al francés en 1900, al inglés en 1924 y al castellano en 1938.

cuada mediante la cual iba a “completar[se] la dominación de la burguesía, incorporando a la esfera del poder político, junto a la aristocracia financiera, a *todas las clases poseedoras*”.⁹ Sin embargo, la dialéctica propia de la contrarrevolución burguesa “preparaba el mecanismo de la revolución”: “Los campesinos, los pequeños burgueses, las capas medias en general”, viéndose “empujados a una oposición abierta contra la república oficial y tratados por esta como adversarios”, se iban “colocando junto al proletariado”. Los más diversos partidarios de reformas sociales –en especial, quienes expresaban las pretensiones más modestas de clases medias– se veían de pronto “obligados a agruparse en torno a la bandera del partido revolucionario más extremo, en torno a la *bandera roja*”.¹⁰

Así, *La lucha de clases en Francia* es una obra con final abierto. De su texto se desprendía la posibilidad (si no la necesidad) de que las graves confrontaciones entre las dos grandes fuerzas políticas que tensionaban a la Segunda República francesa (el Ejecutivo en manos de Luis Bonaparte y la Asamblea parlamentaria dominada por las diversas fracciones burguesas que componían el Partido del Orden) se resolvieran por medio de una revolución proletaria. Semejante salida aparece cancelada en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, escrito después del golpe de Estado de diciembre de 1851 y en vísperas de la proclamación del Imperio.

El Ejecutivo había ganado la partida por sobre los partidos burgueses y la gran prensa nacional que los sostenía, llevando la autonomización del Estado a un nivel impensado por el autor de los artículos de *La guerra civil en Francia*. Lo que hasta entonces tenía visos de anomalía transitoria –el abrumador triunfo electoral del “príncipe-presidente” en las elecciones del 10 de diciembre de 1848, en cuya figura cada una de las

9 Íd.; las citas, en pp. 135, 142, 143, 144 y 145 de la ed. cast. Los destacados pertenecen al propio Marx.

10 *Ibíd.*, pp. 222-223.

clases y facciones de clase habían proyectado imaginariamente su representación— se afirmaba como una sólida realidad. Como vimos, Luis Napoleón no solo había consumado un golpe de Estado el 2 de diciembre de 1851, sino que inmediatamente lo legitimaba con un plebiscito el 21 de ese mes. Incluso un año después, un nuevo plebiscito le permitía poner fin a la república y proclamarse emperador, humillando a la poderosa burguesía francesa. Quien en 1848 aparecía como un simple advenedizo terminó por demostrar que había llegado para quedarse.

A partir del golpe de Estado, Marx entendió que no bastaba con añadir un capítulo final a la serie de artículos de *La lucha de clases en Francia*. Era necesario reescribirla, dando mayor espesor explicativo a las representaciones y autorrepresentaciones políticas, y sobre todo a los procesos de formación de los imaginarios colectivos. Esta nueva obra nos presenta a los actores de este drama histórico atrapados en el juego de sus estrechos intereses y de sus ilusiones, y también expone cómo el Estado, que hasta el *Manifiesto* era concebido por Marx como “una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”, podía alcanzar semejante autonomía frente a esta misma clase.

En los artículos de *La lucha de clases en Francia*, Marx ya había puesto en juego la dialéctica entre lo real y lo imaginario, el contenido y la frase, lo profano y lo sagrado, el rostro y la máscara, la persona y el ropaje. Sin embargo, como Pierre Ansart ha señalado agudamente, en aquellos artículos esperanzados de 1850 la línea descendente que iba desde la explosión popular de Febrero al encumbramiento de Luis Napoleón —señalada en el texto mismo de *El Dieciocho Brumario*— se cruzaba con una línea ascendente en la cual la realidad lograría manifestarse en su verdad, disipando las ilusiones y las frases, las supersticiones y las máscaras. Según Ansart, “este movimiento en que emerge lo real no sería otro que el partido revolucionario en tren de realizar la revolución social mediante la destrucción de lo imaginario”. Para el Marx de *La lucha de*

clases en Francia, esta dimensión imaginaria asumía un papel efectivo en el juego de las representaciones, pero reducido aún al estatuto de lo inesencial, al nivel de lo ilusorio, que bastaría simplemente con denunciar para poner al descubierto la resistencia suficiente de lo real.¹¹

Sin lugar a duda –prosigue Ansart–, la explicación de tan inesperada situación debía buscarse, “en última instancia”, en la prosperidad económica recobrada a fines de 1848 y acrecentada desde entonces. Pero si el nuevo ciclo económico expansivo permitía entender el eclipse del descontento popular y el aislamiento de los jefes revolucionarios, era necesario explicar la extraña “farsa” en la que, tras tantas luchas y convulsiones, la *sociedad* no se había mostrado capaz de erigir un nuevo Estado, sino que el Estado mismo parecía volver a la antigua forma de dominación militar-imperial. “Es entonces cuando Marx propone buscar las causas de este fracaso en la relevancia de los imaginarios colectivos y, particularmente, en el peso de los recuerdos que obsesionan el espíritu de los vivos”.¹²

LA DANZA DE LOS ESPECTROS Y LAS LABORES DE ZAPA

El encumbramiento definitivo de Luis Napoleón fue un duro golpe para los exiliados alemanes, entre quienes Francia seguía siendo el epicentro de las expectativas revolucionarias.¹³ En un principio Marx concibió su ensayo para ellos, a pedido de su amigo Joseph Weydemeyer, un exoficial prusiano que había tomado parte activa en las revoluciones de 1848. Emigrado por razones económicas a Estados Unidos, Weydemeyer esta-

11 Pierre Ansart, “Marx et la théorie de l’imaginaire social”, cit., pp. 99-100.

12 *Ibíd.*, p. 105.

13 Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, p. 278.

ba por lanzar en la ciudad de Nueva York un periódico en idioma alemán, *Die Revolution* [*La Revolución*], destinado a la numerosa comunidad germana migrante.¹⁴

Marx tenía abundante material a disposición. Había estudiado a los historiadores de la Revolución durante sus tres estadías en París (octubre de 1843-febrero de 1845, marzo-abril de 1848 y junio-agosto de 1849). Incluso fuera de Francia, no había dejado de seguir los acontecimientos políticos del país, leyendo la prensa francesa primero desde Colonia y luego en Londres. Los diarios londinenses le ofrecían además una cobertura detallada del golpe de diciembre.¹⁵ Pero si quería hacer su propia cobertura periodística de un acontecimiento reciente, Marx debía enviar en lo inmediato al menos tres artículos, uno por semana.

A pesar del apremio con que lo escribió, en *El Dieciocho Brumario* Marx hace gala de una prosa deslumbrante, equiparable a la que había desplegado en *Sobre la cuestión judía*, la *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* o el *Manifiesto Comunista* (y que volverá a exhibir en algunos tramos de *El capital*). Aparecen aquí una serie de frases epigramáticas que terminarán por desgajarse del texto original para convertirse en verdaderas sentencias de uso universal, tales como

La historia sucede dos veces, pero primero como tragedia y luego como farsa.

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.

Los hombres hacen la historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas que les han sido legadas por la tradición.

14 Maximilien Rubel, "Notice" [*Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte*], en Karl Marx, *Œuvres*, t. IV, *Politique I*, ed. al cuidado de M. R., París, Gallimard, "Bibliothèque de La Pléiade", 1994, pp. 1359-1360.

15 *Ibid.*, p. 278.

La revolución no puede sacar su poesía del pasado,
sino solamente del porvenir.

O el *dictum* shakespeariano “¡Bien has cavado, viejo topo!”. Por medio de este último, Marx trama una vez más un juego intertextual con la obra de Hegel, aunque solo lo cite explícitamente una vez en *El Dieciocho Brumario*. (Enseguida veremos en detalle esa remisión a Shakespeare).

Es ya célebre el párrafo con el que Marx da inicio a *El Dieciocho Brumario*:

Hegel señala, en alguna parte, que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, por así decir, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. Caussidière por Danton, Luis Blanc por Robespierre, la Montaña de 1848 a 1851 por la Montaña de 1793 a 1795, el sobrino por el tío. ¡Y la misma caricatura en las circunstancias que acompañan a la segunda edición del 18 Brumario!”¹⁶

Como ya había sucedido en otras oportunidades, una carta de su amigo Friedrich Engels dio pie al texto de Marx. Su amigo, al día siguiente del acontecimiento, le ofrecía no solo el *leitmotiv* de la reiteración farsesca del golpe del 9 de noviembre de 1799 (18 Brumario del año VIII, según el calendario republicano) con que Napoleón Bonaparte puso fin al Directorio durante la Primera República francesa, sino que también aportaba el tenor entre despectivo y burlesco que Marx iba a adoptar en su ensayo político. Escribía Engels desde Mánchester el 3 de diciembre:

16 Véase p. 61 de la presente edición.

¿Se puede imaginar algo más divertido que esta parodia del 18 Brumario, realizada en tiempo de paz por el hombre más insignificante del mundo con ayuda de soldados descontentos, sin oposición alguna, en la medida en que ha sido posible juzgar? ¡Y cuán bellamente se han visto atrapados todos los viejos imbéciles! ¡El zorro más astuto de toda Francia, el viejo Thiers, y el abogado más astuto del *barreau* [el foro parisino], Monsieur Dupin, atrapados en la trampa que les tendió el buey más famoso del siglo; capturados tan fácilmente como la obstinada virtud republicana de Monsieur Cavaignac y como el bravucón de Changarnier! Y para completar el cuadro, un Parlamento a la defensiva con Odilon Barrot como el león de hojalata, ¡el mismo Odilon exigiendo ser arrestado por dichas infracciones contra la Constitución pero incapaz de marchar a Vincennes!¹⁷

Y líneas más abajo añadía:

Pero después de lo que vimos ayer, no hay nada que decir a favor del *peuple* [pueblo], y realmente parece como si el viejo Hegel guiara la historia desde su tumba como un Espíritu universal donde todo pudiera ser hilado concienzudamente dos veces, la primera como gran tragedia, y la segunda como una pésima farsa. Caussidière por Danton, L[ouis] Blanc por Robespierre, [Emmanuel] Barthélemy por Saint-Just, [Ferdinand] Flocon por Carnot, y el tonto [Luis Napoleón] con la primera docena de lugartenientes entrampados que encontró a mano,

¹⁷ *Marx Engels Werke*, Berlín, Dietz (en lo sucesivo, *MEW*), vol. 27, 1965, p. 379.

por el Pequeño Cabo [Napoleón Bonaparte]¹⁸ y su Tabla Redonda de mariscales. Vemos entonces cómo hemos llegado al 18 Brumario.¹⁹

Marx hizo suya la lectura perspicaz de Engels, que incluso le proporcionó el título de su obra. Pero fue más allá de su amigo, al atribuirle al bonapartismo una entidad teórico-política que excedía una mera farsa.²⁰

Otra de las imágenes poderosas de *El Dieciocho Brumario* hace gala del recién mencionado juego intertextual entre Hegel y Shakespeare, que José Sazbón reseñó en un ensayo deslumbrante.²¹ Cuando Marx señala que el ciclo revolucionario abierto en 1848 ya se ha clausurado, se vale de la imagen hegeliana del “viejo topo” de la historia para expresar asimismo que el ciclo de las revoluciones modernas apenas si había comenzado. Por debajo de la positividad de la historia visible, Marx apela a esa metáfora para poner de manifiesto el trabajo subterráneo de la negatividad histórica. La Revolución de 1848 había llevado a la perfección el sistema parlamentario para terminar derrocándolo; el bonapartismo estaba llevando ahora la centralización y la concentración del poder del Estado burgués a su máxima expresión, facilitando así las condiciones para la toma del poder político que llevaría a cabo la futura revolución proletaria. “Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar” –escribe Marx–, “Europa se levantará, y gritará jubilosa: ‘¡Bien has cavado, viejo topo!’”.²²

18 Sus propios soldados llamaban a Napoleón Bonaparte *le Petit Caporal*, “el Pequeño Cabo”.

19 *MEW*, vol. 27, ya cit., p. 381.

20 Hal Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. 1, *State and Bureaucracy*, Nueva York, Monthly Review, 1977, p. 403 y ss.

21 José Sazbón, “El fantasma, el oro, el topo. Marx y Shakespeare”, *Cuadernos Políticos*, n° 28, México, abril-junio de 1981, pp. 88-103.

22 Véase p. 186 de la presente edición.

Ya Hegel había tomado prestada la metáfora de Hamlet (*Well said, old mole!*, esto es, “¡Bien dicho, viejo topo!”) para referirse al incesante movimiento subterráneo del espíritu fantasmal de su padre, el Espectro, que con sus señales va guiándolo en su empeño vindicador.²³ Pero Marx escinde y contrapone en *El Dieciocho Brumario* la labor negativa del topo del espectro de la Revolución de 1789 que los revolucionarios inexpertos hicieron vagar todavía en 1848. En Hegel, el topo pasa a ser la imagen del trabajo invisible del Espíritu, “que cava, no pocas veces, bajo tierra [...] completando así su obra”.²⁴ En Marx, el trabajo del topo es una metáfora del decurso irreversible de las revoluciones modernas: estas prosiguen su camino subterráneo a pesar de la estabilización transitoria del orden burgués. El topo cava sus galerías ya no en el terreno de las formas del pensamiento, sino en el de las formas políticas. Quien “se abre paso en la realidad” ya no es el Filósofo, sino el moderno Proletariado.²⁵

VICISITUDES DE UNA EDICIÓN

Marx empezó a escribir el primer capítulo en el mismo mes de diciembre de 1851. Según carta de Jenny Marx a Friedrich Engels del 17 de ese mes, “apenas el Moro [Marx] regresó del Museo [Británico], comenzó a quemarse los dedos con el asunto francés”.²⁶ Pero un ensayo como el que estaba redactando requería un tiempo de elaboración

23 William Shakespeare, *Hamlet*, I, 5. Marx condensa la cita, que incluye el tramo *Canst work i' th' earth so fast? A worthy pioneer!* [¿Podrás trabajar tan rápido bajo tierra? ¡Un pionero digno de ese nombre!].

24 José Sazbón, “El fantasma, el oro, el topo”, cit.

25 Íd.

26 De Jenny Marx a Engels, Londres, 17 de diciembre de 1851, en *Marx-Engels Collected Works*, Londres, International Publishers, 1975, vol. 38, p. 563.

que hacía imposible que los artículos llegaran a tiempo a Nueva York para ser publicados en enero de 1852 en el periódico de los emigrados alemanes. Como ya le había sucedido en el pasado, y volvería a acontecerle en el futuro, Marx se vio obligado a darle explicaciones a su editor. No solo se demoraba en los plazos de entrega, sino que su ensayo iba creciendo en extensión más allá de lo previsto. En carta a Weydemeyer del 19 de diciembre, Marx le informaba a su amigo que era imposible remitirle el primer capítulo ese mismo día: “Estoy sentado y trabajando en el ensayo para ti. Tu pedido se realizó demasiado tarde para cumplirse hoy”. Prometía concretar el primer envío cuatro días después, el martes 23 de diciembre, con un título que le había sugerido la citada carta de Engels: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.²⁷

En una nueva carta, el 16 de enero Marx le explicaba a Weydemeyer que no había podido despachar el tercer capítulo de su obra porque un malestar lo había tenido dos semanas en cama.²⁸ El 23 de enero le anunciaba el envío de dos nuevos capítulos (el III y el IV) en los días siguientes.²⁹ Una semana después, despachaba el cuarto artículo a Nueva York³⁰ y el 17 de febrero, el quinto. Pero la obra –concebida inicialmente en tres capítulos, luego extendida a dos más– no concluiría allí: Marx le explicaba a Weydemeyer que “la cosa parece crecer por sí sola, de modo que recibirás dos nuevos artículos”, el sexto y el séptimo.³¹ El 20 de febrero volvió a escribirle avisándole que sus problemas económicos le habían impedido concluir esos dos capítulos finales, y se comprometía a enviarlos el martes 24 y el viernes 27 de ese

27 De Marx a Weydemeyer, 19 de diciembre de 1851, en *MEW*, vol. 27, p. 594.

28 De Marx a Weydemeyer, 16 de enero de 1852, en *MEW*, vol. 28, p. 475.

29 De Marx a Weydemeyer, 23 de enero de 1852, *ibíd.*, p. 477.

30 De Marx a Weydemeyer, 30 de enero de 1852, *ibíd.*, p. 486.

31 De Marx a Weydemeyer, 13 de febrero de 1852, *ibíd.*, p. 489.

mes, respectivamente.³² Llegada esta última fecha, Marx se disculpaba con Engels por remitirle esta vez una carta breve: “Estoy ocupado dictando un artículo para We[ydemeyer], y enviando y corrigiendo las restantes contribuciones para él”.³³ Finalmente, el último capítulo fue despachado el 25 de marzo.³⁴

Estas demoras en la redacción hicieron que las primeras colaboraciones de Marx no llegaran a tiempo para ser incluidas en el periódico, que por otra parte solo había alcanzado a publicar dos números (el 6 y el 13 de enero). Así, en carta del 20 de febrero, Marx le sugería a Weydemeyer publicar el texto completo como folleto.³⁵ Ayudado por otro emigrado alemán (el arquitecto Adolf Cluss), Weydemeyer lanzó el 1º de mayo de 1852 una revista con el mismo nombre del periódico, *Die Revolution*, en cuyo primer número se publicó íntegro el ensayo de Marx bajo el título *Der 18te Brumaire des Louis Napoleon* [*El Dieciocho Brumario de Luis Napoleón*]; con un breve prólogo del editor, alcanzaba las 62 páginas.

Esta primera edición, de unos 1000 ejemplares, apenas tuvo circulación. En un principio, porque la revista no pasó de ese número inicial. Además, porque la escasez de recursos obligó a imprimirla en un cuerpo tipográfico pequeño. Engels le señaló al editor que la lectura se hacía incómoda y Marx se quejó de la cantidad de erratas.³⁶ Por añadidura, las dificultades financieras de Weydemeyer le impidieron retirar de la imprenta la mitad del tiraje.³⁷ Alrededor de 150 ejemplares fueron vendidos por Weydemeyer y Cluss a suscripto-

32 De Marx a Weydemeyer, 20 de febrero de 1852, *ibíd.*, p. 492.

33 De Marx a Engels, 27 de febrero de 1852, *ibíd.*, p. 30.

34 De Marx a Weydemeyer, 25 de marzo de 1852, *ibíd.*, p. 510. Una vez copiado en Nueva York, el editor despachó el manuscrito de regreso a Londres, adjunto a su carta a Marx del 6 de abril de 1852.

35 De Marx a Weydemeyer, 20 de febrero de 1852, *ibíd.*, p. 494.

36 De Marx a Cluss, 30 de julio de 1852, *ibíd.*, p. 539.

37 De Marx a Engels, 18 de agosto de 1852, fragmento de Cluss, *ibíd.*, p. 113.

res de *Die Revolution* dispersos entre Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Richmond, Cincinnati, Washington y otras ciudades de los Estados Unidos. Otros 300 ejemplares debían ser despachados a Europa, de los cuales 50 se venderían en una librería de Londres y 250 debían distribuirse en Alemania. Marx mismo comprometió a Nikolaus Trübner, editor y librero, para que recibiera algunos ejemplares en su local de Londres y enviara otros tantos a Alemania por intermedio del distribuidor Julius Campe.³⁸ Pero unos y otros se demoraban en llegar. El 15 de mayo Marx le pedía a Cluss que intercediera ante Weydemeyer para que enviase los 300 “brumaríos” pactados, pues había conseguido un librero en Colonia dispuesto a venderlos.³⁹ El 11 de junio Engels había recibido unos pocos ejemplares en Mánchester y le reclamaba nuevamente a Weydemeyer el envío de los 300 prometidos.⁴⁰ El 2 de septiembre Marx le informó a Engels que apenas había recibido 10 copias.⁴¹ Por otra carta del 25 de octubre sabemos que Marx recibió 130 ejemplares despachados por Cluss.⁴² De una carta posterior de Marx a Cluss se deduce que al menos cierta porción de los 300 finalmente arribó a Europa, pero ya en una ocasión inoportuna: entretanto, había comenzado el proceso a los comunistas de Colonia.⁴³ Marx señala escuetamente en el prólogo a la segunda edición: “Algunos cientos de ejemplares de este cuaderno salieron camino de Alemania, pero sin llegar a entrar en el comercio de libros propiamente dicho”.⁴⁴

Pocos años después, esta edición se había convertido en una rareza bibliográfica. El socialista Wilhelm Liebknecht visitó a Marx en Londres en 1863 y llevó algunas copias de *El*

38 De Marx a Engels, 6 de mayo de 1852, *ibíd.*, p. 68.

39 De Marx a Cluss, 15 de mayo de 1852, *ibíd.*, p. 523.

40 De Engels a Weydemeyer, 11 de junio de 1852, *ibíd.*, p. 529.

41 De Marx a Engels, 2 de septiembre de 1852, *ibíd.*, p. 124.

42 De Marx a Engels, 25 de octubre, *ibíd.*, p. 161.

43 De Marx a Cluss, 7 diciembre 1852, *ibíd.*, p. 560.

44 Véase p. 57 de la presente edición.

Dieciocho Brumario a Berlín, pero sus esfuerzos para que la obra se reeditara en Alemania fueron vanos.⁴⁵ Tampoco dieron resultado las tentativas de Marx para que otro editor –F. Streit en Cobourg, Inglaterra, o Jakob Lukas Schabelitz en Basilea– lanzara una nueva tirada, e igual de infructuoso fue el intento de que un librero de Londres emprendiera una edición en inglés.⁴⁶ Marx finalmente consiguió que en 1869 Otto Meissner publicara en Hamburgo una segunda edición, en la que hizo algunas correcciones, omitió algunos tramos y añadió un prólogo. Además, el título fue reemplazado por el definitivo. La de Weydemeyer y la de Meissner fueron las únicas ediciones publicadas en vida de Marx.

En 1885, dos años después de la muerte de su amigo, Engels hizo publicar una tercera edición en alemán, a la que añadió un prefacio. La primera traducción italiana apareció en Roma en 1896 y la primera versión al inglés, en Nueva York en 1898, mientras que en ruso el texto vio la luz en 1894 en Ginebra por iniciativa de los exiliados. La primera traducción francesa, realizada por un joven líder del naciente Partido Obrero Francés, apareció en Lille en 1891. Una segunda versión francesa fue publicada en París en 1900 por un editorial de divulgación científica en un volumen compartido con *La lucha de clases en Francia*. El libro ingresó definitivamente en el canon marxista cuando David Riazánov lo incluyó en la edición crítica de las obras de Marx-Engels conocida como *MEGA (Marx-Engels-Gesamtausgabe)* y luego fue traducido por Jules Molitor para la edición popular de *Œuvres* de Marx y Engels que realizó en pequeños volúmenes Alfred Costes durante las décadas de 1920 y 1930. La primera versión castellana apareció en Buenos Aires en 1934, bajo el sello de

45 Sam Starck, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte in the United States, Germany, and France, 1852-1932*, tesis parcial de doctorado en Filosofía, University of Pennsylvania, 2021.

46 De Marx a Engels, 2 de septiembre de 1852, ya cit., en *MEW*, vol. 28, p. 124.

Claridad, meses antes de que apareciera en Madrid la primera edición española.⁴⁷

A partir de la segunda posguerra, en pocos años se sucedieron las ediciones, en más de 30 lenguas. En un principio, fue publicado por las casas editoras vinculadas al comunismo, como Éditions Sociales de París, Dietz de Berlín o Anteo de Buenos Aires; pero enseguida tomaron el relevo sus colegas comerciales. Por su parte, las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú, luego denominadas Editorial Progreso, lo publicaron no solo en ruso sino también en español, francés, inglés y en las diversas lenguas de las repúblicas que componían la Unión Soviética. Solamente entre 1931 y 1970, este centro babélico de cultura marxista había lanzado 53 ediciones (16 de ellas en ruso), acumulando un tiraje total de 1 400 000 copias.⁴⁸ Hacia la década de 1950, un siglo después de su primera edición, este ensayo que tantas dificultades de circulación había encontrado en el siglo XIX estaba disponible en todo el globo, tanto en versiones anotadas como en ediciones populares. Su radio de difusión y de lectura había excedido el universo comunista, y lo había convertido en un clásico del pensamiento político moderno.

ACTUALIZACIONES

Se han señalado numerosos puntos ciegos de este texto de Marx. Es indudable que el menosprecio político por la figura de Luis Bonaparte (compartido por casi todos sus con-

47 Respectivamente, *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Claridad, 1934, trad. de Hofca; y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Bergua, 1935, trad. de José Bullejos.

48 B. A. Krylov, "Vosemnadsatoye Bryumera Lui Bonaparta", entrada de la *Bolshaia soviétskaia enciklopedia*, Moscú, Soviétskaia Enciklopedia, 1969-1978, 3ª ed., disponible en <bse.uaio.ru/BSE/1502.htm>.

temporáneos) hacía difícil ver al propulsor del desarrollo y la modernización capitalista que tuvieron lugar durante las dos décadas en que se extendió el Segundo Imperio francés (1852-1871). Asimismo, se ha observado que la concepción del Estado como una maquinaria artificiosa y parasitaria heredada de la monarquía absoluta, y restringida a su dimensión represiva (militar) y opresiva (burocrática) sobre la sociedad civil⁴⁹ (enfoque dominante en el universo marxista al menos hasta la difusión de los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci), eclipsó la dimensión *productiva* que le cupo al Estado moderno en la gestación misma del orden capitalista y en su expansión mundial.⁵⁰

La visión negativa de Marx sobre el campesinado como una clase necesariamente conservadora (“la barbarie dentro de la civilización”), una suerte de “no clase” estructuralmente incapaz de construir su propia representación política, fue puesta en entredicho como “un caso de dogmatismo social”⁵¹ e incluso fue reiteradamente cuestionada dentro de la tradición marxista.⁵² En primer lugar, perdió peso en la cultura marxista contemporánea por el rol decisivo que les cupo a las clases campesinas en los procesos revolucionarios y descolonizadores de la periferia capitalista durante la segunda

49 Escribe Marx: “Este Poder Ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma 500 000 hombres, junto a un ejército de otros 500 000 hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le taponan todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar”. Véase p. 186 de la presente edición.

50 Alan Wolfe, *Los límites de la legitimidad. Las contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1980.

51 David Mitrany, *Marx Against the Peasant. A Study in Social Dogmatism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1951.

52 Carlos Rossi [Michael Löwy], “Le trotskysme a-t-il sous-estimé la paysannerie?”, *Critique Communiste*, n° 25, París, 1978, pp. 137-143; Michael Duggett, “Marx on peasants”, *The Journal of Peasant Studies*, vol. 2, n° 2, Londres, 1975, pp. 159-182.

mitad del siglo XX. Y más recientemente, porque las luchas contemporáneas por la tierra, los recursos naturales y los alimentos que desde 1992 llevan adelante los movimientos de la Vía Campesina abren una perspectiva global para el combate anticapitalista impensable dentro del marco conceptual de *El Dieciocho Brumario*.⁵³ Puede alegarse a favor del autor de esta obra que –mucho antes de esos procesos, ante la “vía rusa al socialismo” abierta por los populistas en la década de 1870– el Marx tardío tendría oportunidad de reconsiderar su visión excluyentemente negativa del sistema de valores orgánico del mundo campesino.⁵⁴

El historiador británico Gareth Stedman Jones, por su parte, señaló que el ensayo de Marx subestimaba la más importante de las conquistas de 1848: el surgimiento de “una modalidad novedosa de política democrática resultante de la participación directa del ‘pueblo’ (o, al menos, de los varones adultos) en el proceso electoral”.⁵⁵ En sentido semejante, otro de los biógrafos de Marx afirmó que los socialistas franceses que aquel ridiculizaba en *El Dieciocho Brumario* eran los contactos que había cultivado en los años previos al estallido de la Revolución de Febrero y que habían ayudado a que él y sus colaboradores abandonaran Bruselas y se instalaran en Colonia en la primavera de 1848. Se burlaba de las ilusiones que abrigaban de repetir 1789 en 1848, pero el propio Marx, “como editor de la [*Neue Rheinische Zeitung*] y en el seno del movimiento democrático alemán[,] se había centrado precisamente en la evocación de la Revolución de 1789”. La nueva

53 Pierre Rousset, *El campesinado y el marxismo*, Madrid, Izquierda Anticapitalista, 2014.

54 Teodor Shanin (ed.), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo* (1984), Madrid, Revolución, 1990.

55 Gareth Stedman Jones, *Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Madrid, Taurus, 2018, pp. 391-392. Más específicamente –ibíd., p. 395 y ss.–, este autor afirmó que el análisis del *Lumpenproletariat* al servicio de Bonaparte participaba del “mito urbano” propio del siglo XIX acerca de las “clases peligrosas”.

gaceta lanzada por Marx en 1848 llevaba justamente por subtítulo “Órgano de la Democracia”. Sperber concluye que *El Dieciocho Brumario* “constituye un ejemplo especialmente extremo de la práctica de Marx de ejercer la autocritica a través de la crítica de los demás”.⁵⁶

Estas y otras observaciones críticas que sería ocioso resumir aquí no impidieron que *El Dieciocho Brumario* se transformara en un clásico del pensamiento político moderno. Tampoco impidieron que, como todo clásico, se proyectara sobre diversas ramas del conocimiento contemporáneo, incluso más allá del marxismo. En ese sentido, el testimonio del antropólogo Claude Lévi-Strauss es elocuente:

La lectura de Marx me arrebató tanto más cuanto que a través de este gran pensador me ponía por primera vez en contacto con la corriente filosófica que va de Kant a Hegel. Desde ese instante, este fervor nunca se vio contrariado y rara vez me pongo a desentrañar un problema de sociología o de etnología sin vivificar mi reflexión previamente con algunas páginas del *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* o de la *Crítica de la Economía Política*.⁵⁷

La corrección marxiana a la filosofía de Hegel –la historia que acontece primero como tragedia y luego como farsa– ha sido retomada por infinidad de autores en los contextos más diversos. Por ejemplo, en el epílogo a la edición alemana de 1965 de *El Dieciocho Brumario*, el filósofo Herbert Marcuse señalaba que el análisis de Marx anticipaba los totalitarismos del siglo XX: la república parlamentaria devenida aparato político-militar, a cuya cabeza un líder carismático tomaba las decisiones que la propia burguesía ya no era capaz de asumir,

56 Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, ob. cit., pp. 279-289.

57 Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 45.

mientras el proletariado se apartaba de la escena. Con las experiencias del fascismo y el nazismo –concluía Marcuse–, la farsa era más temible que la tragedia que la precedió.⁵⁸ Medio siglo después, el filósofo esloveno Slavoj Žižek ha observado que el liberalismo contemporáneo murió dos veces a comienzos del siglo XXI: primero como tragedia, con los atentados a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001, y durante la crisis capitalista de 2008 como farsa, inyectando miles de millones de dólares en el sistema bancario con el fin de estabilizar los mercados financieros.⁵⁹

Recientemente, el filósofo alemán Peter Sloterdijk ha visto en estas imágenes de la repetición una suerte de “ley de la duplicación” que domina los acontecimientos históricos en los que la burguesía manifiesta su interés por la libertad: “El burgués es la máscara del alma del dinero” –sostiene Sloterdijk–.

Al parecer, mientras que en la primera actuación heroica siempre se trata de la libertad, de la libertad sin un epíteto, de la libertad del sujeto que se posiciona, del que comienza de nuevo sin ninguna condición previa, las recreaciones muestran que, en última instancia, solo la libertad de los intereses burgueses últimos pudieron significar: hacer dinero con el menor esfuerzo posible a expensas de los demás; en resumen: la libertad de pensiones y réditos, la libertad de la circulación de bienes y dinero, que debe empezar como un deseo de libertad de conciencia para terminar como la libertad de la conciencia. Cuanto más tarde se vuelve a recrear una obra revolucionaria, menos disimulado debe aparecer en ella, según Marx, el interés material de los actores, más

58 Herbert Marcuse, “Nachwort” a Karl Marx, *Der 18. Brumaire des Louis Bonaparte*, Frankfurt, Insel, 1965, pp. 143-150; en especial, p. 143.

59 Slavoj Žižek, *Primero como tragedia, después como farsa*, Madrid, Akal, 2011.

rápido se intercambian los héroes de la libertad por los liberales con fines de lucro, más cínicamente los accionistas se sacan la máscara idealista en el teatro liberal, para llegar con toda franqueza a su asunto principal y sus cuestiones de capital.⁶⁰

Las reverberaciones contemporáneas son incontables. Se ha señalado incluso que esta visión de la repetición histórica como pesadilla resuena en el *Ulises*, cuando James Joyce le hace decir a Stephen Dedalus: “La historia es una pesadilla de la que intento despertar”.⁶¹

El tramo siguiente en el que Marx refiere a una dialéctica entre sujeto y estructura (“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidos por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”) constituyó una referencia obligada para aquella que Ernst Bloch llama corriente cálida del marxismo, que desde Antonio Labriola hasta Antonio Gramsci y Rodolfo Mondolfo consideró a la acción humana como *motor* de la historia.

Sin embargo, en la profesión de fe ontogenética de Marx, el énfasis está puesto en las circunstancias heredadas del pasado que vienen a poner límites y a ejercer presiones sobre la acción humana. Dicha estructura que fija condiciones no aparece en *El Dieciocho Brumario* constituida simplemente por las relaciones de producción. Las relaciones no se presentan al desnudo, de modo evidente, a los ojos de los actores sociales, sino que aparecen significadas, mediadas por la política e incluso por la memoria, vale decir, por símbolos, por imágenes, por lenguajes. En ese sentido, *El Dieciocho Brumario* abrió

60 Peter Sloterdijk, *La fuerte razón para estar juntos*, Buenos Aires, Godot, 2021, pp. 23-24.

61 Martin Harries, “Homo Alludens: Marx’s *Eighteenth Brumaire*”, *New German Critique*, n° 66, Cornell, otoño de 1995, p. 36.

el camino a la elaboración de la teoría de los imaginarios sociales de Cornelius Castoriadis, a la formulación de la noción de imaginario colectivo de Edgar Morin o al enriquecimiento de la teoría de las ideologías de Pierre Ansart.⁶² También, más recientemente, se ha señalado que la obra de Marx habría anticipado las “perspectivas teórico-discursivas sobre la índole performativa del lenguaje, la constitución discursiva de identidades e intereses y su papel en la configuración de las formas y términos de la lucha política”: en este sentido, el politólogo británico Bob Jessop invitó a leerla “como una contribución a la crítica de la economía semiótica”.⁶³

Con *El Dieciocho Brumario*, la dimensión política adquiere en el pensamiento de Marx un peso explicativo sustantivo (y no derivado) del proceso económico. Lo político aparece aquí no como una superestructura de lo económico ni como una expresión directa de lo social (las clases sociales y sus fracciones de clase), sino, por el contrario, instituyendo lo social. Es que sin reconocer un espesor mayor, cierta opacidad, a la relación entre posiciones de clase y acciones políticas –en suma, sin atribuir una autonomía a la dimensión política–, resultaba imposible descifrar el enigma del golpe de Estado de 1851. Así, este ensayo de Marx es también el punto de referencia para aquella perspectiva que, con inicio en

62 Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, 2 vols., Barcelona, Tusquets, 1983; Edgar Morin, *Le cinéma ou l'homme imaginaire*, París, Minuit, 1956 [ed. cast.: *El cine o el hombre imaginario* (1972), Barcelona, Paidós, 2011]; Pierre Ansart, *Ideologies, conflits et pouvoir*, París, PUF, 1977 [ed. cast.: *Ideologías, conflictos y poder*, México, Premia, 1983]. Es cierto que Castoriadis desarrolla su teoría de la institución imaginaria de la sociedad en debate con el marxismo. Sin embargo, las armas de su crítica se dirigen al marxismo economicista que reducía lo político y lo imaginario a su *ultima ratio* económica, el nivel de las significaciones al de las causaciones, una lógica reduccionista justamente ausente en *El Dieciocho Brumario*.

63 Bob Jessop, “The Political Scene and the Politics of Representation: Periodizing Class Struggle and the State in *The Eighteenth Brumaire*”, en M. Cowling y J. Martin (eds.), *Marx's Eighteenth Brumaire. (Post)modern Interpretations*, Londres, Pluto, 2002, p. 182.

Antonio Gramsci, y continuada por Nicos Poulantzas, Biagio de Giovanni y Giacomo Marramao, ha postulado la tesis de la autonomía de lo político.⁶⁴

BONAPARTISMO, CESARISMO, POPULISMO

El Dieciocho Brumario fue también el punto de partida de una abundante producción sobre el fenómeno del bonapartismo. A partir de la difusión internacional de este libro, el bonapartismo dejó de designar a una breve y cuestionada dinastía francesa decimonónica en disputa con los partidarios de otras dos casas reales (los legitimistas y los orleanistas), para pasar a designar un régimen político de excepción vigente bajo diversas formas durante el turbulento siglo XX. En la cultura marxista (y más allá de ella), el término “bonapartismo” empezó a caracterizar una situación de polarización social entre clases antagónicas que, al neutralizarse mutuamente en la arena política, permitían que surgiese una tercera fuerza, liderada por una figura en cierto modo exterior al sistema y capaz de concentrar la suma del poder político apelando directamente al pueblo, por encima del sistema tradicional de representación. Diversos intérpretes apelaron a esta forma híbrida —que combinaba elitismo y plebeyismo, autoritarismo y democracia plebiscitaria, sociedad organizada jerárquicamente y unión

64 Nicos Poulantzas había sostenido desde fines de la década de 1960 la tesis de “la autonomía relativa del Estado respecto de las clases sociales” como una forma más eficiente para la defensa y gestión de los intereses de las clases dominantes (así como para ganar el apoyo de las clases subalternas). Véase su *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1969. Véanse, además, Giacomo Marramao, *Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años veinte y treinta*, México, Siglo XXI - Pasado y Presente, 1982; Biagio de Giovanni, *La teoría política de las clases en El capital*, México, Siglo XXI - Pasado y Presente, 1984.

nacional por encima de las clases— para definir en el siglo XX fenómenos políticos que no se dejaban encasillar fácilmente en la izquierda, la derecha ni el centro clásicos. Friedrich Engels fue el primero que amplió el uso de ese término para referirse al régimen liderado por el canciller Otto von Bismarck durante el proceso de unificación alemana y de fundación del Imperio,⁶⁵ aunque muchas veces en su correspondencia el bonapartismo aparece solapado con la noción más imprecisa —pero más usual por entonces— de “cesarismo”.⁶⁶

Como se hace evidente en el prólogo a la segunda edición, Marx rechazaba para los tiempos modernos el término “cesarismo” —que, antes bien, designa un régimen político propio de la Antigüedad clásica, fundado sobre el liderazgo popular de un jefe militar exitoso que ejerce un poder fuerte a expensas de las élites oligárquicas—.⁶⁷ Luis Napoleón no había sido el procónsul que construyó durante años un liderazgo político-militar triunfando en la Guerra de las Galias: el súbito encumbramiento de este “pequeño hombre” encontraba su explicación en “circunstancias y condiciones” creadas por la “lucha de clases” moderna. Sin embargo, para entonces la noción de cesarismo había conquistado un uso generalizado a escala global. El mismo año en que Marx escribía el prólogo a esa segunda edición,

65 Entre los numerosos textos de Engels que podrían mencionarse, véase su “Contribución al problema de la vivienda”, donde señala que Bismarck “intenta organizar un proletariado a su servicio, para poner freno a la acción política de la burguesía” y añade: “¿Qué es esto sino un procedimiento bonapartista?” (en Marx y Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, ya citadas, t. I, p. 622 y ss.). Véase también un itinerario del concepto en Mauro Volpi, *La democrazia autoritaria. Forma di governo bonapartista e V Repubblica Francese*, Bolonia, Il Mulino, 1979.

66 La voz *césarisme* figuraba como neologismo en un clásico de la lexicografía (E. Littré, *Dictionnaire de la Langue française*, t. I, parte I, A-C, París, Hachette, 1863, p. 534), y su primera acepción era: “Dominación de los Césares, es decir, los príncipes llevados al gobierno por la democracia pero revestidos de un poder absoluto”, mientras que *bonapartisme* (ibíd., *sub voce*) solo consideraba la “adhesión al gobierno imperial fundado por Napoleón I, y a su dinastía”.

67 Véase p. 59 de la presente edición.

el argentino Juan Bautista Alberdi comenzaba la redacción de *El crimen de la guerra*, donde incluso las repúblicas de América del Sur aparecían sometidas a “un cesarismo sin corona”.⁶⁸

A comienzos del siglo XX el término “cesarismo” adquiría carta de ciudadanía académica al ingresar en la incipiente ciencia política. Max Weber hablaba de cesarismo democrático (o plebiscitario) para definir la vigencia de una de las tres formas ideales de autoridad (el liderazgo carismático) en las democracias contemporáneas.⁶⁹ La forma de autoridad personal-plebiscitaria aparecía en Weber como una respuesta al desencanto generado por la política moderna devenida mera maquinaria burocrático-administrativa.

Como adelantamos, el italiano Antonio Gramsci también cede al uso corriente de la noción de cesarismo, muy frecuente en la tradición política italiana. En su Cuaderno XIII (XXX), titulado *Notas breves sobre la política de Maquiavelo*, hace un uso indistinto con el concepto de bonapartismo. El marxista sardo considera al cesarismo como la solución más probable a una crisis orgánica (crisis de representación) en que las dos fuerzas fundamentales de una sociedad quedan empatadas en tal medida que la prosecución de su lucha abriría una perspectiva catastrófica. Dicho empate catastrófico suele resolverse con la irrupción de una tercera fuerza, a menudo liderada por una “gran personalidad”, un gran mediador que termina por prevalecer, sometiendo a esas otras dos fuerzas en pugna. Gramsci encuentra en la historia moderna casos de “cesarismo progresista” (Cromwell y Napoleón I) así como de “cesarismo regresivo” (Napoleón III, Bismarck y, en el contexto inmediato, Mussolini).⁷⁰

68 Juan Bautista Alberdi, *La guerra o el cesarismo en el Nuevo Mundo*, ed. crítico-genética y apéndice documental de Élica Lois, Buenos Aires, Unsam, 2005.

69 Max Weber, *Economía y Sociedad*, México, FCE, 1987, p. 721.

70 Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, México, Era - Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, t. V, 1999, Cuaderno 13 (XXX), 1932-1934, pp. 65-67.

Simultáneamente, León Trotsky hacía un uso aún más extendido del término “bonapartismo” cuando lo utilizaba para descifrar la naturaleza del régimen soviético bajo Stalin. Para el autor de *La revolución traicionada* (1936), el fracaso de la revolución en Europa y el consiguiente aislamiento del naciente Estado obrero habían propiciado el empoderamiento de una casta gobernante a la cual denominó “burocracia”. Al dirigirse a la clase obrera sin mediación política, el régimen controlado policialmente por la burocracia adoptaba un carácter bonapartista:

Elevándose sobre una sociedad políticamente atomizada, apoyado sobre la policía y el cuerpo de oficiales, sin tolerar ningún control, el régimen estalinista constituye una variedad manifiesta del bonapartismo, de un tipo nuevo, sin semejanza hasta ahora. El cesarismo nació en una sociedad fundada sobre la esclavitud y trastornada por las luchas intestinas. El bonapartismo fue uno de los instrumentos del régimen capitalista en sus períodos críticos. El estalinismo es una de sus variedades, pero sobre las bases del Estado obrero, desgarrado por el antagonismo entre la burocracia soviética organizada y armada, y las masas trabajadoras desarmadas.⁷¹

Mientras la teoría de la burocracia de Trotsky fue retomada en el pensamiento europeo contemporáneo por los teóricos de la autonomía de lo político (en buena medida, gracias a la mediación de Claude Lefort),⁷² los escritos del revolucionario ruso sobre el carácter bonapartista de los regímenes nacionalistas latinoamericanos arraigaron profundamente en el nue-

71 León Trotsky, *La revolución traicionada*, Buenos Aires, Claridad, 1938, pp. 228-229.

72 Claude Lefort, *¿Qué es la burocracia?*, París, Ruedo Ibérico, 1970.

vo continente. El propio Trotsky introdujo la categoría de bonapartismo en su discusión con los trotskistas mexicanos, que entendían al régimen nacido de la Revolución de 1910 como equivalente al Porfiriato, en tanto no representaba más que un nuevo momento en el desarrollo del capitalismo. Para el líder exiliado, el planteo ahistórico, abstracto, de sus camaradas mexicanos —el gobierno de la Revolución Mexicana era un definitiva otro “gobierno burgués”— impedía cualquier construcción política, sobre todo en momentos en que la presidencia del general Lázaro Cárdenas impulsaba una reforma agraria y nacionalizaba el petróleo y los ferrocarriles.⁷³ En cambio, al reconocerles a los regímenes nacional-populares latinoamericanos un carácter bonapartista, de mediadores entre el capital imperialista, las masas campesinas y el proletariado, era posible que desde posiciones independientes un partido proletario apoyara sus medidas progresistas y a la vez se distanciara de sus tendencias autoritarias (en especial, de su control estatal-policial sobre los sindicatos). Desde la perspectiva de Trotsky, el término marxiano aparecía redefinido en clave geopolítica, pues un régimen bonapartista de la periferia capitalista podía mediar entre el capital imperialista y las masas, o incluso conquistar cierto grado de autonomía entre las fuerzas imperialistas en pugna:

En los países industrialmente atrasados, el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional con relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno gira entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter

73 “Discusión sobre América Latina”, en León Trotsky, *Sobre la liberación nacional*, Bogotá, Pluma, 1976, pp. 209-228.

bonapartista de índole particular. Se eleva, por así decir, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o bien maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad respecto de los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras.⁷⁴

Estas tesis incipientes de Trotsky enseguida alcanzaron amplia difusión en Latinoamérica. Cinco años después de su asesinato, los trotskistas argentinos apelaban a la categoría “bonapartismo” para intentar descifrar la súbita consolidación del gobierno del coronel Juan D. Perón. El fenómeno peronista parecía corresponderse punto por punto con la categoría marxiana: un líder militar hasta entonces ajeno al juego político que participa en un golpe de Estado y construye un inesperado liderazgo apelando directamente al pueblo por fuera de un sistema de representación política en franco descrédito. El Estado peronista daba la sensación de autonomizarse de pronto, por encima de las clases en pugna, para arbitrar las pujas no solo entre el capital y el trabajo, sino también entre el imperialismo inglés en reflujo y el imperialismo estadounidense en franca expansión. Así lo entendieron, aunque con acentos distintos, Jorge Abelardo Ramos desde las páginas de la revista *Octubre* y Nahuel Moreno desde el periódico *Frente Proletario*.⁷⁵ Es cierto que

74 León Trotsky, “La administración obrera en la industria nacionalizada”, en *Sobre la liberación nacional*, ob. cit., p. 61, con leves retoques.

75 Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina*. Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

la laxitud de la categoría le permitía a Ramos apoyar al peronismo como un “bonapartismo progresista” y a Moreno resistirlo como un “bonapartismo regresivo”. Sin embargo, la apelación al bonapartismo ofreció a los trotskistas una ventaja epistémico-política sobre sus rivales socialistas y comunistas, quienes al combatir sin más al peronismo como un régimen de tipo fascista no lograban entender la férrea lealtad forjada entre el líder bonapartista y las masas trabajadoras. La categoría aparecía también tan vívidamente ajustada a la figura de Eva Perón que Milcíades Peña, con su humor habitual, la denominó “el bonapartismo con faldas”.⁷⁶

El cardenismo y el peronismo no fueron las únicas “encarnaciones” del bonapartismo en América Latina. Entre otros, los trotskistas brasileños vieron en el Estado Novo de Getulio Vargas un régimen bonapartista.⁷⁷ Por el contrario, los regímenes políticos que en la Europa del siglo XIX resultaban una anomalía, en el siglo siguiente parecían establecerse en el Nuevo Continente como la norma. Esta “normalización” latinoamericana de los bonapartismos implicó un cambio de valorización en el pensamiento político, desde la reprobación inicial hasta la justificación, e incluso la celebración.

Y precisamente el uso del término “bonapartismo” fue decayendo a partir de la década de 1980,⁷⁸ al mismo tiempo que conquistaba legitimidad académica una noción sucedánea: populismo. En efecto, el último giro histórico que alcanzó esa semántica fue en la teoría del populismo de Ernesto Laclau.

76 Alfredo Parera Denis [Milcíades Peña], “Apuntes para una historia del peronismo. 3. El gobierno del ‘como si’”, *Fichas de Investigación Económica y Social*, año 2, n° 7, Buenos Aires, octubre de 1965, p. 12.

77 Felipe Demier, *O longo bonapartismo brasileiro: 1930-1964. Um ensaio de interpretação*, Río de Janeiro, Mauad X, 2013.

78 En su historia argentina, Ramos había calificado de bonapartista el tramo que se iniciaba en 1943; así desde la 1ª ed. (Buenos Aires, Amerindia, 1957, cap. “El régimen bonapartista”) hasta la 5ª (Plus Ultra, 1974, ya en un vol. autónomo: *La era del bonapartismo*). Más tarde (Del Mar Dulce, 1981), lo denominó *La era del peronismo*.

Formado en la “izquierda nacional” de raíces trotskistas, el politólogo argentino reformuló –Lacan mediante– la teoría del bonapartismo de Ramos en su propia teoría del populismo, haciendo de las interpelaciones políticas polisémicas de los líderes rebautizados populistas la piedra basal de su teoría de la hegemonía. En contraposición a las interpelaciones clasistas propias del marxismo clásico, Laclau remarcaba la eficacia hegemónica del discurso populista, capaz de invocar performativamente a un “pueblo” que no existía con anterioridad. En el carácter vacío del significante “pueblo” (sin correlato previo con un sujeto social ya constituido) radicaba la fuerza (no la debilidad) de los enunciados populistas.

Marx habría intuido la eficacia de los significantes vacíos cuando en *La lucha de clases en Francia* señalaba que Luis Bonaparte, precisamente “porque no era nada, podía significarlo todo”. Ese “pequeño Napoleón” era la personificación del significante vacío. Pero mientras en *El Dieciocho Brumario* Marx desconfiaba de las apelaciones de los demócratas *quarante-huitards* al “pueblo” por encima de las clases y abominaba del bonapartismo con un desprecio solo comparable al que sentía por el absolutismo zarista y por el “espíritu prusiano”,⁷⁹ el posmarxismo de Laclau terminaba por convertir la lógica de construcción política del populismo en un sinónimo de construcción política por excelencia, en la lógica política a secas.⁸⁰ Laclau, que en su juventud se había iniciado con un agudo análisis marxista del populismo, culminaba su itinerario como un crítico populista del marxismo. Pero su aventura no concluyó allí. En 2013, un grupo de politólogos de Madrid y Barcelona, liderados por Pablo Iglesias e Íñigo Errejón, adoptaron las teorías del politólogo argentino,

79 Sperber, ob. cit.

80 Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1978; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987; Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

traduciendo a su vez las rupturas populistas latinoamericanas (pueblo *versus* oligarquía) al escenario español (pueblo *versus* casta política).⁸¹

Extenso y accidentado ha sido, pues, el itinerario geográfico y semántico del bonapartismo, desde que un exiliado alemán en Londres lo forjó para explicar la resolución excepcional de una crisis política. El ensayo publicado en Nueva York no alcanzó la acogida esperada en el nuevo continente, pero ochenta años después tuvo su revancha: un exiliado ruso volvió a importarlo, esta vez a Latinoamérica, alcanzando una recepción considerable. Aquí había perdido en cierto modo su tinte peyorativo, en la medida en que algunos bonapartismos podían ser “progresistas”. Cuarenta años más tarde, un politólogo argentino lo reformulaba como populismo y lo devolvía a Europa como una novedad teórica. Cerrando el círculo, un grupo de jóvenes académicos españoles de la siguiente generación lo adoptaban como solución política a la crisis de representación europea.

LA POESÍA DEL FUTURO

Derrida vino a recordarnos que Marx, aquel fantasma insomne que acechaba al capitalismo de fines del siglo XX, había invocado a su vez al fantasma del comunismo que ya en 1848 atemorizaba a Europa. *Espectros de Marx* vino a señalar que en toda su obra el autor de *El capital* buscó conjurar un sinnúmero de espectros y fetiches, propios de un mundo mercantilizado donde las relaciones humanas aparecían cosificadas mientras que ciertos productos humanos —la mercancía, el dinero, el capital, el Estado— terminaban por erigirse como sujetos fantásticos que gobernaban a sus

81 Íñigo Errejón, *Con todo. De los años veloces al futuro*, Madrid, Planeta, 2021.

propios productores.⁸² La utopía marxiana –el comunismo– no era otra cosa que un orden social en el cual esos fetiches han perdido su poder de atracción, ya que los productores han recobrado sus potencias enajenadas. Desde la perspectiva de Marx, una vez que la comunidad humana deje de regirse por el automatismo del mercado, las relaciones sociales se tornarán claras y racionales: para entonces, los fetiches se habrán desvanecido y los hombres (y las mujeres, añadimos en nuestro presente), ya organizados como productores libremente asociados, habrán recuperado su condición de sujetos creadores.

Con la mira puesta en el advenimiento de esa sociedad humana finalmente libre de fetiches y fantasmas, cabría entender que el Marx de *El Dieciocho Brumario* aspiraba a que la futura revolución social fuera capaz de “despojarse de cualquier veneración supersticiosa por el pasado”, de quitarse de encima el peso opresivo de la memoria de “las generaciones muertas”, de abstenerse de convocar una vez más a “los espíritus del pasado”, tomando prestados sus nombres, sus consignas y sus disfraces venerables. Ahora bien, ¿puede colegirse que Marx aspiraba a que el proletariado moderno llevara a cabo las futuras revoluciones con un programa sin sueños ni imaginario, enunciando un lenguaje neutro, libre de ilusiones, exento de poesía, aboliendo el despliegue teatral de la escena política moderna?⁸³

82 Jacques Derrida, *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Madrid, Trotta, 1995.

83 El investigador en arte dramático Jörn Etzold –“Revolution ohne Szene. Marx’ *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* in Theaterfeindlichkeit”, en S. Diekmann, C. Wild y G. Brandstetter (eds.), *Theaterfeindlichkeit*, Múnich, W. Fink, 2012, pp. 173-192– ha querido ver en *El Dieciocho Brumario* una invectiva contra el teatro. Marx habría pensado la política moderna –esto es, de 1789 en adelante– como una gran puesta en escena, pero postularía para las revoluciones proletarias una nueva forma política que debía romper con la representación teatral. La política revolucionaria, así como el arte revolucionario, debían volverse contra el teatro.

En verdad, Marx no aspira a una revolución sin poesía: “La revolución social del siglo XIX” –escribe en las primeras páginas de *El Dieciocho Brumario*– “no puede tomar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir”. Como señaló Ansart,

Marx no afirma [...] que la revolución proletaria deba realizarse sin sueños ni imaginario; dice simplemente que debería liquidar de forma radical las supersticiones relacionadas con el pasado para extraer su imaginario exclusivamente del propio porvenir. El decisivo privilegio del proletariado revolucionario sería no el de destruir el imaginario colectivo, sino el de crear un imaginario compatible con un análisis científico, dándose una poesía apropiada a su liberación universal y que exalte su significación.⁸⁴

En suma, Marx tenía la expectativa de que las futuras revoluciones sociales desarrollaran un lenguaje político propio y novedoso, sobre la base de los recursos semióticos disponibles e inspirado en las tareas del porvenir.⁸⁵

Sin embargo, las revoluciones del siglo XX se miraron inevitablemente en el espejo de sus predecesoras. La Comuna de París acechó el espíritu de los bolcheviques mientras que la Revolución Rusa de 1917 fue la matriz común de las revoluciones posteriores. Desde China hasta Corea del Norte, pasando por Cuba y Vietnam, el fantasma de Stalin gravitó sobre ellas como una pesadilla.⁸⁶ Les cabe ahora a las revoluciones del siglo XXI realizar la antigua promesa de emancipación humana, a condición de inventar su propia poesía: la poesía del porvenir.

⁸⁴ Pierre Ansart, “Marx et la théorie de l’imaginaire social”, cit., p. 113.

⁸⁵ Bob Jessop, “The Political Scene...”, cit.

⁸⁶ Enzo Traverso, *Revolution. An Intellectual History*, Londres, Verso, 2021 [ed. cast.: *Revolución. Una historia intelectual*, Buenos Aires, FCE, 2022].